

pertenece asegurarnos la victoria, é introducimos en el cielo del cual es la *puerta feliz*. (1) Que vele pues, cerca de nosotros, como en otro tiempo velaba cerca de vos, llena de esa caridad misericordiosa que conviene á la *Virgen clementísima*; y que cuando pronuncie nuestra boca por la última vez su nombre bendito, esté allí para acoger nuestra súplica y para apoyar la petición que dirigiremos entonces á la Divina Majestad.

Finalmente, que el mismo Jesucristo se digne venir á nuestro lado en ese momento supremo, no con la austera severidad de un juez, pronto á condenar á los culpables, sino con la dulce bondad que manifestaba para con vos en la casa de Nazaret. Que se digne usar en nuestro favor de ese inmenso poder que ha recibido de Dios su Padre; *porque el Padre no juzga á nadie, sino que ha dejado todo su juicio entre sus manos*. (2) Que se digne, por los méritos de su vida, de su pasión y de su muerte, perdonarnos nuestras infidelidades, nuestras tibiezas, y nuestros pecados, é introducirnos cerca de vos, ¡oh José! en la ciu-

(1) Ave maris Stella, *Felix Caeli Porta* (Hymn. in Off. B. V. M.)

(2) Joan., V.

dad celestial, en donde nos uniremos á vos, á María, á los santos ángeles, y á toda criatura, para bendecirle, cantarle y glorificarle para siempre.

Os pedimos todas estas gracias, ¡oh José! porque entre todas las muertes de los hijos de los hombres, la vuestra fué la mas feliz y la mas hermosa después de la de María vuestra Esposa Inmaculada. Y tenemos confianza en que escuchareis enteramente nuestras súplicas y hareis resplandecer vuestro poder para con nosotros que desde ahora os escogemos por defensor, protector y patrón de nuestra muerte.

Así sea.

CAPITULO XI.

De cómo el glorioso Señor San José es patrón de la devoción á María.

JESUCRISTO, la Sabiduría Eterna, al descender á nuestra tierra cubierta de pecados, se ha edificado, en la Persona Inmaculada de María, una casa, capaz de recibir dignamente á su purísima y augustísima Majestad. (1)

Si consideramos la incomparable perfec-

(1) Sapientia ædificavit sibi domum. (Prov., XI.)

ción del huésped celestial que la casta María debía abrigar en el tabernáculo de su carne virginal; si consideramos la mansión tan íntima que el Verbo eterno debía hacer en este retrete, en el que su amor para con los hombres le hacía condescender en encerrarse, podremos sospechar y conjeturar desde lejos la grandeza de las prerrogativas y de las gracias que debieron ser concedidas á María. Puesto que la dignidad del Hijo excede enteramente todo lo que podemos comprender, preciso es *igualmente* que la dignidad de la Madre sea del todo superior á los cánticos y á las alabanzas que pueden cantar en su honor todos los hombres esparcidos sobre la tierra, y todos los ángeles y bienaventurados en el cielo. (1)

¿Cómo pues, podremos esperar el llegar á elevarnos hasta María, en medio de las espesas tinieblas en las cuales nos sepultan nuestros pecados, lejos de la verdadera Luz? María es como un cielo purísimo, que brilla por encima de nosotros, revestido de un esplendor imperecedero: ¿cómo pues, nosotros que somos tierra y polvo, podríamos alcanzar á esas regiones sublimes, cuyo esplendor nos

(1) Ex Bulla Immacul. Concep.

deslumbra? María será para nosotros como el *Libro sellado con siete sellos*, que contemplaba San Juan en sus visiones proféticas; (1) el cual permanecerá cerrado, si alguno mas poderoso que nosotros no toma en su mano nuestra causa para introducirnos en unos secretos tan superiores á nosotros.

Así es que tenemos necesidad de un guía para conducirnos en la consideración respetuosa de las glorias que convienen á la Virgen toda pura. Cuando se trata de estudiar en las ciencias humanas, si no queremos arrastrarnos siempre en los oscuros vestibulos á donde no llega la luz, necesitamos un introductor que nos dirija en esos nuevos caminos, que nos dé sus reflexiones y su estudio, y nos haga participantes de los felices frutos de su trabajo. ¿Qué será pues, cuando se trata de María, de ese abismo de perfecciones y de gracia? ¿no tendremos entonces mayor necesidad de un conductor para adquirir la sublime ciencia de esa alma privilegiada, en la que el Señor hace su habitación con una intimidad tan maravillosa?

Mas no solamente nuestra inteligencia es la que debe recibir de lo alto las iluminaciones

(1) Apoc., V.

sobrenaturales para llegar hasta María: pues también nuestra voluntad no es menos impotente y menos enferma cuando se trata de tributar nuestros deberes á esta gran Princesa á quien Dios ama sobre todos los bienaventurados y los ángeles. Necesitamos absolutamente de un maestro que nos dé una dirección en esas regiones superiores, en las que no bastan para guiarnos las virtudes humanas. Es preciso enteramente que se nos inflame, que se nos anime, y aun que se nos empuje, que se nos dé á conocer los homenajes respetuosos con que podemos y debemos honrar esta suprema perfección de María. Necesitamos que se nos manifieste, no de una manera *universal*, que no sería suficiente para aclarar nuestras incertidumbres, nuestras dudas, sino de una manera *particular y práctica*, la proporción misteriosa con que debemos, al hablar á María, templar el respeto por el afecto mas tierno; y cómo la familiaridad que algunas veces desea, no debe sin embargo, estar separada nunca de esa reserva sagrada que nos imponen siempre el número y la grandeza de sus privilegios admirables.

En esta doble necesidad que nos apremia, elijamos por nuestro introductor para con la

Virgen sin mancha, al glorioso Patriarca Señor San José, su siervo fiel, su Señor y su Esposo.

Estoy cierto que Señor San José se dignará revelarnos algunas de las excelencias que contempló tan de cerca en la casta habitación en donde vivió casi á solas con María. Ya que los discípulos, aun los menos bien dispuestos, hacen á veces grandes progresos, y parecen en cierto modo cambiarse en otros hombres, cuando un maestro benévolo, olvidando la superioridad de su ciencia, se digna inclinarse amorosamente hacia esas pobres inteligencias casi desnudas de los dones de lo alto, y vemos que los que parecían incapaces de saber nada, parecen á veces iluminarse derrepente bajo las influencias benéficas que dejan descender sobre ellos la ciencia y la bondad reunidas. Tal vez por la gracia de Dios experimentaremos en nosotros mismos algunas metamorfosis semejantes, poniéndonos bajo la dirección de José. Todavía estamos ignorantes de todas las glorias de María; hasta el presente no sabemos casi nada sobre su amable Persona, sino lo que la ciencia humana nos enseña con todas sus ruidosas conclusiones; Señor San José nos abrirá los secretos de un mundo mejor, y nos dará esas

luces sagradas que producen en medio de nuestras tinieblas las iluminaciones mas dichosas.

Tengo la dulce confianza que tampoco dejará de arreglar nuestra voluntad y todos sus actos, en los homenajes que estamos obligados á tributar en todo tiempo á su Esposa. Nosotros somos, respecto á María, como niños pequeños que no saben todavía conversar con los que les rodean. Así es que lo que necesitamos es toda una *educación*; y esta no se hace sin maestro que vigile sobre aquel á quien quiere dirigir, para sugerirle á cada instante los actos multiplicados que forman el tejido de nuestra vida. La educación no se hace sin un padre, cuya continua benevolencia dirige á su hijo en todas las cosas, soportando las faltas y las resistencias, y empleando ya la severidad del castigo, ya el atractivo de las recompensas para llevar su obra á buen fin, hasta que el *hombre* esté formado. Señor San José será nuestro maestro y nuestro padre en esta *formación* tan necesaria, que hará de nosotros unos fervientes servidores y unos tiernos hijos de la Madre del Señor.

En verdad, es un gran santo el glorioso Patriarca José. Y mientras más nos acercamos á su persona por un estudio prolongado, mas

descubrimos manifestamente que los privilegios que ha recibido exceden á todo lo que podemos decir! ¡Qué favor tan inefable el ser admitidos á contemplar tan de cerca la admirable pureza de María, toda perfecta en su *cuerpo* en su *inteligencia* y en su *corazón*!

¿Quién podrá decir la hermosura resplandeciente con que el Señor habia adornado á esta Reina Inmaculada? ¿Quién podrá expresar con palabras humanas la dulzura de su mirada casi siempre inclinada humildemente hacia la tierra, y no obstante llena de un fuego celestial que resplandecía como el relámpago cuando levantaba sus pupilas? ¿Quién podría pintar la modestia derramada en su persona, y ese conjunto de perfecciones que la hacían la criatura mas cumplida que haya producido el Altísimo, y el *digno* Tabernáculo en donde el Verbo Eterno debía hacer por nueve meses su habitación? Y no obstante, Señor San José, durante muchos años, recibió la gracia de fijar sus miradas en esta belleza sin rival, que los ángeles no cesaban de celebrar con celestiales cánticos, y que envidiaban á nuestra tierra pecadora!

Hay mas aún: el dichoso José fué admitido á gozar de la conversación de María. Ella se dignó manifestar en su presencia algo de esa

vasta luz que derramaba en su alma la presencia de la Sabiduría eterna; y no rehusó hablar con José su santo Esposo, en esas conversaciones mas íntimas que ningún ruido exterior venía á interrumpir ni á impedir. Manifestando al glorioso Patriarca tantos misterios ocultos en las profundidades de las Escrituras, tantos secretos divinos que solo Ella descubría en las obras del Creador, y que permanecían veladas para todos los demás, María se manifestaba *á sí misma*, y permitía á su Esposo contemplar esa grande inteligencia que penetraba fácilmente hasta en las oscuridades mas profundas, que sabía reunir en la unidad de una sola concepción las ideas mas lejanas, y conocer cada cosa por el lado que lleva á Dios.

Finalmente, el dichoso José podía también á cada instante, contemplar las disposiciones del corazón y las virtudes que convenian á su Esposa. Su vida exterior se manifestaba por fuera por un lenguaje mudo, pero no obstante lleno de elocuencia: y muchas veces también, la Virgen pura, apartando para José los velos que debían respetar todas las demás criaturas, le decía algunas cosas de los atractivos interiores que la gracia divina hacía nacer en su alma, y de los cuidados

que tenía para seguir la dirección y las solitudes del Espíritu Santo. Es ya sin duda una gran felicidad el contemplar las virtudes de una alma santa, dócil á las inspiraciones divinas y renunciándose á sí misma en todas las cosas para caminar de progreso en progreso hasta la plena y perfecta santidad. Mas ¿qué son las almas mas vigilantes y las mas favorecidas en comparación de la celestial María, cuyos primeros principios excedieron en perfección toda la madurez que la edad y la fidelidad producen en los mas grandes santos? (1)

Verdaderamente es admirable la Iglesia en toda la pompa sagrada que despliega en los altares, bajo las bóvedas de esos augustos edificios, en donde su Esposo Jesucristo se digna tener su residencia en medio de nosotros. ¿Quién podría contemplar sin conmoverse, las espléndidas proporciones de esas naves atrevidas, y la multitud de los misterios sagrados que se agrupan al derredor de la mística Mesa en donde se inmola el Cordero divino? ¿Quién podría escuchar sin sen-

(1) Fundamenta ejus in montibus sanctis: diligit Dominus portas Sion super omnia tabernacula Jacob. (Ps., LXXXVI).

tirse lleno de alegría, esos cánticos misteriosos que la Iglesia toma del Rey Profeta, y que reviste de una belleza nueva; añadiendo á sus melodías sagradas la mas suave poesia cuyo secreto posee? Todo el culto material que la Santa Iglesia desarrolla en grandes proporciones sobre las horas, los días, los años y los siglos; todos esos diversos homenajes que se multiplican uniéndose los unos á los otros; todos esos honores y todas esas glorificaciones forman un conjunto maravilloso cuyos misterios sólo el Señor puede penetrar enteramente.

La Iglesia es bella también en su doctrina, que se extiende con esplendores infinitos sobre toda la sucesión de los siglos, y que crece cada año como una gigantesca planta, desde las revelaciones primeras concedidas á los Patriarcas, hasta las últimas iluminaciones que recibirán los santos futuros. ¡Qué diferencia como infinita entre las pobres concepciones de los hijos de los hombres, y ese conjunto de ideas magníficas y fecundas, que camina siempre hacia adelante, como un río cuyas ondas engrosadas ruedan libremente hasta la mar! ¡Qué admirable unidad en esos dogmas que se definen poco á poco, por intervalos, y que todos una vez preparados por

la mano del divino Arquitecto, vienen á unirse á los que los rodean, á fin de formar ese grandioso edificio de la fé católica, ese monumento imperecedero que nos arrebatara por su belleza!

Finalmente, la Iglesia es bella también por todas las virtudes multiplicadas que no cesa de ir sembrando á su paso. Aquel que la contempla desde lo alto, no puede dejar de sentir dentro de sí esos grandes arranques de júbilo que trasportaban ya á los profetas cuando consideraban de lejos nuestras glorias en medio de la oscuridad de los tiempos futuros. Balaam, el Profeta mercenario, exclamaba ya en un entusiasmo involuntario: «¡Qué hermosos son tus tabernáculos, oh Jacob! ¡oh Israel! ¡qué bellas son tus tiendas!» (1) Pues ¿qué diremos nosotros en presencia de las virtudes de la Ley nueva, nosotros que somos los hijos de los santos: nosotros que nos interesamos ardientemente en los sucesos de la Iglesia nuestra Madre, y que vemos al descubierto en la historia del pasado lo que el Profeta no apercibía sino vagamente en las sombras veladas del porvenir?

Feliz el que pudiera en cierto modo, *con-*

(1) Num., XXIV,

densar y reunir todas juntas esas diversas magnificencias de la Iglesia, esparcidas en la extensión del mundo entero, y escalonadas en toda la sucesión de los siglos! Suponed que Dios escogiese entre sus amigos, algún santo privilegiado á quien se digne como embriagar de celestiales delicias, permitiéndole ver todas las cosas de una sola ojeada, sin verse detenido por la multiplicidad de los detalles, ó retardado por el alejamiento de la distancia. Suponed que este favorecido del Señor, contempla de una mirada todos los diversos homenajes que la Iglesia desde hace seis mil años, no ha cesado de tributar á la Divina Majestad; todas las inspiraciones particulares y públicas propias de cada país y de cada época; todas las virtudes individuales y sociales que la gracia divina ha hecho nacer en las sociedades y en las almas: ¡cuál no sería entonces el engrandecimiento de este hombre privilegiado, que pudiera, á ejemplo de Dios, abrazar tantos esplendores materiales, intelectuales y morales, en la unidad de una sola mirada y en la unidad de un solo amor!

Y no obstante, los favores concedidos á Señor San José, parecen sobrepasar á los que acabamos de suponer; porque la Virgen María, contiene en su persona amabilísima, más

glorias y más beneficios divinos que la Iglesia universal en toda la sucesión de los siglos.

Sí: la hermosura de María es mas amable ella sola, que todas las magnificencias variadas de esa gran liturgia que derrama tan dulcemente su poesia en medio de la ligereza y de la corrupción de los hijos del siglo: los movimientos, las actitudes y los cánticos de la divina Princesa son mas armoniosos y mas encantadores. Sí; la inteligencia de la *Virgen prudentisima* y sapientisima; excede en luces y en claridad á todo lo que los santos Doctores han consignado en sus obras, á todo lo que han enseñado en sus discursos y á todo lo que han definido en los concilios; y mucho más: á todo lo que han aprendido en las secretas inspiraciones de la oración; todos esos misterios que ellos han conocido, sin querer y sin poder repetirlos, porque hay verdades que *no es permitido al hombre referir*. (1) Sí, las virtudes de la Madre del Señor, exceden en mucho á todo el conjunto de las virtudes innumerables, practicadas en toda la tierra, por la multitud de los cristianos de todas las edades: María posee en su alma, más que los deseos de los Patriarcas, y de los Profetas, más

(1) II Cor., XII.